

LUGARES EN EL TIEMPO

La traducción de este libro ha recibido una ayuda  
del Ministerio Austríaco de Educación, Ciencia y Cultura

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL EN LENGUA ALEMANA

*Örtlichkeiten*

*Primera edición: septiembre de 2010*

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez  
Imagen de la cubierta: Jean Améry. Foto: Lutz Möhring

© de la traducción: Marisa Siguan y Eduardo Aznar, 2010

© de la introducción: Marisa Siguan

© J. G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger GmbH, gegr. 1659, Stuttgart 2002

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2010

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

[www-pre-textos.com](http://www-pre-textos.com)

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-92913-66-4 • DEPÓSITO LEGAL: S-1213-2010

IMPRENTA KADMOS

BAD ISCHL-VIENA



Hoy presenta un lamentable aspecto, casi miserable. La medicina democratizada se ha adueñado de los balnearios: donde en otro tiempo estaban los hoteles elegantes tanto de la aristocracia dinástica como de la mercantil, se apiña ahora el pueblo llano, al que atienden las compañías aseguradoras. El reumatismo, las enfermedades de las vías respiratorias se curan mediante los acreditados tratamientos tradicionales de agua salina y ácido carbónico, y puesto que el método se ha considerado eficaz desde antiguo ninguno de los pequeños empleados, funcionarios y trabajadores lo cuestiona. Con el paso comedido de quien realiza un trabajo serio, los huéspedes de balneario de nuestros días pasean por la explanada que bordea el verde y frío Traun, donde cincuenta años atrás se podía distinguir a Helene Thimig, a Franz Lehár, el compositor considerado “maestro”, así como a sus concurrentes y rivales Oscar Straus, Emmerich Kálmán, y alguna vez incluso, sí, a Max Reinhardt, sentados ante un café y un dulce, una *Mehlspeise*, excesivamente rica en calorías. Muestran ese aire acatarrado propio de la respetabilidad pequeñoburguesa-proletaria. A veces hablan sobre las setas o las bayas que buscan para entretenerse en los bosques cercanos; la mayoría de las ocasiones, sin embargo, la conversación gira alrededor de la calidad de la cocina de la residencia donde se alojan. No conocen las glorias de antaño y, si las conocieran, inmediatamente denunciarían su oropel.

Bad Ischl: es un pequeño lugar comercial, que ha adquirido dignidad de ciudad, donde uno se regala entre los vapores del baño de ácido carbónico a costa del Estado, es decir, a pequeña escala, a costa de uno mismo. Nada más que eso. Quien busca vacaciones más rutilantes y aventureras vuela a Túnez, por lo menos. También esto es asequible. Bad Ischl se toma como uno se toma en casa un baño caliente en la bañera o una medicina cualquiera. ¿Alguna vez fue distinto este pequeño lugar en el Salzkammergut, en la Alta Austria? El káiser, el “viejo” káiser, como le llamaban aún los austríacos de la Primera República, aquel sargento bonachón que parecía esculpido en mazapán, que llegó al trono en 1848 y tuvo que reinar, aburrido, hasta 1916, el “viejo káiser” había elegido Bad Ischl como residencia de verano, de manera que aún hoy los cineastas que flotan sobre la ola retrógrada ruedan allí determinadas escenas: Sissi y Luis II de Baviera, el príncipe heredero Rudolf poco antes de Mayerling, el estallido de la primera guerra mundial. El viejo había sido muy espartano, y su residencia veraniega, la Villa Imperial, ahora de libre acceso, realmente no era más que una villa, es decir, una modesta casa de campo escondida en un parque no muy extenso. El káiser ni alardeaba ni hacía ostentación de nada, al contrario de su colega allá en Potsdam, que lo condujo al desastre. Su único divertimento era la caza. En pantalones cortos de cuero, con escopeta y bastón alpino, subía a las montañas y enseñaba a los cervatillos quién era el amo. Por lo demás, se iba idiotizando plácidamente: léase al respecto a Karl Kraus; por una vez se puede confiar en el pequeño y maligno individuo.

Se comenta que después del asesinato de su mujer a manos de un anarquista en Ginebra, el káiser dijo: “Ciertamente no se me ahorra nada”. Con todo se le ahorró la descomposición de su Imperio, el triunfo de los pueblos opri-

midos por la monarquía, que, finalmente y muy en contra de su voluntad, cambiaron por otra forma de gobierno decididamente más despótica. Aún hace dos decenios se podía encontrar en Hungría, Checoslovaquia, en algunas zonas de Polonia, Rumanía, Yugoslavia a gente viejísima que de forma muy antihistórica decían: “Bajo el viejo káiser vivíamos mejor”.

Al káiser de mazapán le siguieron pronto, junto a algunos aristócratas, los judíos. Él era el señor soberano, solamente en su proximidad uno se sentía seguro por mucho que ostentase el título de consejero comercial, consejero médico, consejero imperial, consejero de la corte o cualquier otro tipo de consejería. El pueblo, sobre todo en estado de embriaguez, no mostraba gran respeto ante consejeros de narices corvas. Solía dejar caer de pasada un murmurado “cerdo judío” de su boca bien armada con pipa. (Tenía una conciencia absolutamente alienada, el honrado pueblo, no atendía al hecho de que su líder socialdemócrata llevaba el porcino nombre judío de Viktor Adler. ¡Ay, querido pueblo, los judíos lo tenían tan crudo entonces contigo como ahora con los extremistas de izquierdas universitarios!) Sólo a la sombra del káiser se podía estar medianamente seguro de la propia reputación, pues el viejo, idiotizado o no, no podía tragar a los antisemitas, eso era un hecho. Y así uno se instalaba –el señor consejero tal o cual– con la familia durante los meses de verano en la imperial Bad Ischl. Los más ricos compraban villas; quien tenía ingresos más modestos alquilaba una casita de veraneo. Todo hijo de vecino y todo judío de vecino se calentaba al sol de la gloria imperial, puesto que el sol real no abundaba en el Salzkammergut. Entonces, como hoy, llovía a menudo, ininterrumpidamente, semana tras semana. Daba igual. Uno encontraba sus cafés donde se podía leer la *Neue Freie Presse* y adonde siempre acudían compañeros

dispuestos a jugar al tarot. No es improbable que en aquellos días se gestara uno de aquellos automortificantes chistes judíos que aún hoy solaza los ánimos: “¿Por qué les gusta tanto a los judíos ir al café? Pues porque allí no se está en casa ni tampoco al aire libre”.

El káiser se fue en 1916. La monarquía se hundió en 1918. Los judíos permanecieron en Ischl como si quisieran conjurar al buen espíritu de la tolerancia imperial en días en que en Múnich un oscuro necio intentaba ya su pronunciamiento, un necio al que estúpidamente no se tomó en serio –se trataba de un compatriota de Braunau am Inn–. Todavía eran fieles al emperador y republicanos, simultáneamente, pues se trataba de que uno siguiera siendo tolerado. El Imperio había abandonado el escenario mundial para refugiarse en el escenario de la opereta. Sobre la explanada un obeso señor director de orquesta dirigía, constreñido por una levita demasiado estrecha, pupurrís del *Walzertraum*, de la *Lustige Witwe*, del *Rastelbinder* o de la producción más joven del arte de opereta austrojudío, la *Gräfin Maritza*. Las cabezas de los espectadores, folclóricamente disfrazados, ondulaban rítmicamente al compás de los muy conocidos ritmos de vals. Pero como uno andaba con el tiempo, se descubrió también el té de las cinco, llamado más elegantemente “*five-o’clock-tea*”, donde uno bailaba según otros compases. Se les llamaba música de jazz. ¡Cielo santo! Nadie sabía nada de Dixieland y New Orleans. Un desgraciado trompetista había aprendido más o menos a tocar el saxofón, soplabá, como Pablo en el *Lobo estepario*, a través del tubo curvado unas melodías inefablemente bobas al sonido de las que un tenor venido a menos cantaba textos aún más bobos: “*Jede Gnädige, jede Ledige trägt den Bubikopf so gern*” (“Toda señora, toda señorita, lleva con pasión el cabello a lo garçon”); “*Ausgerechnet Bananen*” (“Precisamente bananas”); “*Hallo, du*



*süße Klingelfee* (“Hola, dulce hada del timbre”), obra que se refería obscenamente a las telefonistas. Por lo que hace al peinado a lo *garçon*, sin embargo, las más jóvenes esposas de los consejeros no tenían problema: sacrificaron sus cabellos al altar de los tiempos. Llevaban faldas que apenas cubrían las rodillas y hablaban ya de calorías —¡cuando aún ayer se consideraba que la mujer delgada no era más que una vara para habas!—. Los más jóvenes bailaban shimmy y fox-trot. El káiser lo contemplaba soñoliento desde el cielo. “No es lo que yo quería”, dijo, o algo parecido. Su amiga, la retirada actriz del Burgtheater Katharina Schratt, ya no se dejaba ver. Y quien conseguía verla por casualidad podía certificar que se mantenía fiel a la moda de los últimos años anteriores a la guerra. Por la noche uno visitaba a veces el teatro del balneario. El escenario de verano era dirigido por un gran actor de obras de Strindberg, de nombre Joseph Jarno, y por su mujer, Hansi Niese, una popular artista de operetas que, no obstante, mantenía también el tipo en dramas de Anzengruber. Ya en los años veinte este lugar artístico, digno de una novela de Schnitzler, se convirtió desgraciadamente en cine, Tom Mix, el cowboy más famoso del cine mudo, sustituyó a Jarno y a la Niese. Buster Keaton triunfó con facilidad sobre Strindberg. Los huéspedes más ancianos del balneario se sentían ultrajados. “Nada es ya lo que era”, decían cabizbajos. No podían prever hasta qué punto todo había de cambiar aún. Y el káiser se retiró definitivamente a las nubes grávidas de lluvia.

En invierno Bad Ischl era otro mundo. Con el final de la temporada de tratamientos, la pequeña ciudad comercial se transformaba de forma súbita y completa. El balneario se convertía en pueblo. Las villas habían bajado sus persianas, las cafeterías aparecían abandonadas. Ningún teatro, ningún té de las cinco daban fe de la grandeza de la que an-

taño fuera residencia de verano del káiser. La población nativa, y especialmente la campesina, tomaba posesión con mano dura de Ischl, que de pronto perdía su “Bad”, su condición de balneario. Uno sacaba beneficios de la temporada estival y alzaba el sombrero cuando aparecían clientes. Pero uno se sentía mucho mejor cuando los huéspedes extraños se marchaban. Las fondas, que en verano se habían acicalado hasta convertirse en pensiones para los vieneses, volvían a su existencia verdadera: en vez del té de las cinco, había bailoteos autóctonos, que entonces no tenían aún carácter turístico. El ambiente era rudo y alegre. Nadie se sentía obligado a actuar como figurante para los señores de la capital. Cada cual hablaba, escupía, pataleaba tal cual le salía de su boca o de sus piernas. Los bailes tiroleses, en los que chicos y chicas giraban al son de la *Ziehharmonika* –la palabra acordeón era desconocida–, se convertían en música dionisiaca. Había uno que entusiasmaba a los juerguistas del sábado por la noche, que lo coreaban bramando y con gallos mientras las parejas saltaban y pateaban sin carecer de cierta gracia innata: “Juntos con la cabeza y juntos con el culo” rezaba el texto, a la par orgiástica farra y promesa de placer. Las palabras eran entonadas con fuerza. Los cráneos y los traseros chocaban entre sí al son de griterío y alboroto libre de extraños. Avanzaba ya la noche, cuando fuera sólo de vez en cuando pasaban tintineando por el hielo y la nieve los trineos tirados por caballos, podía surgir el peligro en las habitaciones cargadas de nubes de humo. El odio y los celos y la envidia y el rencor escondidos durante el día hacían temblar los suelos. ¿No habrá escupido éste en el vaso de cerveza de aquél? Podía ocurrir que brillasen las navajas y pesadas jarras sirviesen como armas arrojadizas. Uno se peleaba a placer. Alguien quedaba sangrando en el suelo y sus compañeros lo llevaban a casa. Por poco que pudiera, la gendar-

mería se mantenía al margen de tales reyertas. Pasaba lo que en las obras de Billinger o Waggerl. En realidad no era más que el reflejo popular de una situación económica miserable y de una época de cambio. La monarquía había muerto. Muerto estaba el mundo patriarcal y agrario del derecho del puño. “Juntos con la cabeza y juntos con el culo” se convirtió en una danza de la muerte.

En cambio si un chaval de quizás diez años asiste a esta danza de fantasmas le excitará hasta el vértigo y la locura. Encontrará sus héroes entre los camorristas borrachos, sus arquetipos femeninos entre las muchachas pechugonas de manos ásperas y uñas descuidadas. Todos ellos, machos y hembras de las noches rurales envueltas en vahos de cerveza, son infinitamente más atractivos que la escuela, donde huele a cuartel, orines y tiza y donde un señor maestro enseña en un difícil alemán culto la tabla de multiplicar y la apasionante historia de los afluentes del Inn. El chaval, estimulado por su madre a hablar como Dios manda y comer con buenos modales, se ríe de lo uno y lo otro y por encima de todo desprecia profundamente a las señorías del verano, ante quienes tendrá que hacer reverencias durante las vacaciones. Tampoco quiere saber nada del bachillerato en el instituto de secundaria en la cercana Gmunden, adonde pronto le enviarán para que aprenda *amo, amas, amat*. Se aventura por su cuenta en el terreno de la lucha libre campesino-caballeresca, con mayor o menor suerte según las circunstancias. No prueba la cerveza, que brota con blanca espuma del barril recién decentado: tiene un sabor muy amargo. Pero ya entiende de bailes rurales, para espanto de su nariguda profesora de piano, que le aburre con ejercicios de Czerny; es perfectamente capaz de tocarlos de oídas. “Tienes talento”, dice la preocupada dama, pero quizás es demasiado talento. Nunca ensayarás; te falta disciplina.” “No llegarás a ninguna

parte”, dice también la madre, y no sabe la razón que acabará teniendo. De vez en cuando aparece el abuelo, con grandes barbas al estilo del káiser, un hombre serio, de confesión mosaica e impecable talante patriótico. Le irrita el dialecto del nieto. “Esto no puede seguir así”, dice con tono reprobatorio, “el niño aquí se asilvestra; ni siquiera estoy seguro de que el instituto lo mejore”. “No es malo”, dice apaciguadora la madre. Y no sin orgullo: finalmente es huérfano de guerrero, tiene derecho a la benevolencia. A esto el abuelo, más severo de lo que hubiese sido el propio káiser, replica: “No podrá vivir del hecho de que su padre cayera en la guerra, hay que tirar más de las riendas”. El chaval ya está lejos, subiendo al monte calvario, donde quiere habilitarse una cueva. Y como la severidad del abuelo le ha colmado de una profunda aversión hacia todos los que pronuncian las *A* claras y luminosas en vez de oscuras e impregnadas de *O* se enfrenta con el primer muchacho veraneante que se le cruza y le muestra cómo hay que aporrearse en Ischl. Éste se levanta entre gritos tremendos porque sangra por la nariz. El chaval se siente como un criminal, se esconde en la cueva y espera el juicio final divino y el del abuelo. Oh tiempo asombroso, oh paso del tiempo, oh soledad. Esto lo conocerá más adelante, tras el *amo, amas, amat*. En ese momento también descubrirá que no tiene patria. La casa de huéspedes arrendada por la madre en el barrio de Eglmoos en Bad Ischl se arruina. Uno se traslada. La gran ciudad le acogerá, le devorará.

La Viena de los tiempos posteriores a la primera guerra Mundial era, en la medida en que se puedan hacer afirmaciones semejantes, una de las capitales mundiales del espíritu. Imagínese que en aquellos días, en aquella ciudad, que a menudo se comparaba con una cabeza hidrocefálica sobre el minúsculo cuerpo de un país alpino, simultáneamente Arthur Schnitzler, Robert Musil, Arnold Schoenberg, Alban

Berg, Sigmund Freud, Alfred Adler trabajaban sobre su obra, además de los hombres de la comunidad espiritual que ha pasado a la historia de la filosofía como Círculo de Viena: Moritz Schlick, Rudolf Carnap, Edgar Zilsel, Otto Neurath. Todos los meses, Karl Kraus lanzaba en Viena su cólera tonante sobre los tiempos, un Franz Werfel recién despertado de su embriaguez expresionista poetizaba sus novelas, de entre las cuales, la mejor, *Bárbara o la piedad*, ha caído en el olvido aunque tendría derecho a ser releída. En Viena seguía Alma Mahler con sus aventuras, Egon Erwin Kisch escribía sus reportajes volantes, Wagner-Jauregg descubría la terapia de choque contra la esquizofrenia. La ópera y el Burgtheater cultivaban una tradición que ya se iba enfriando. El verdadero espíritu de los tiempos se podía descubrir en miserables cuartos de trabajo y en los cafés, la verdadera patria del vienés. Los años veinte sólo fueron “locos” en el ámbito espiritual: para Gatsby no había ni lugar ni dinero. En los años treinta la realidad se hizo más perceptible. La herencia del Estado plural de la monarquía real e imperial ya se había dilapidado. Los edificios señoriales de la Ringstrasse se tornaban grises y se llenaban de grietas. En los suburbios reinaba la más absoluta miseria. Sólo que los intelectuales seguían jugando a la vida “espiritual”, y aunque advertían la realidad cuantificable de la decadencia y el hundimiento no comprendían aún que ahora se escenificaban realmente los últimos días de la humanidad a los sonos disonantes de una mezcla de vales de Strauss, jazz y sinfonías de Mahler. El gastado dicho de que no había esperanza si bien la situación no era seria, se tornaba cada vez una realidad más evidente.

No para todas las capas de la población, hay que reconocerlo. Los trabajadores, encuadrados en el Partido Socialdemócrata austro-marxista, inspirado por el espíritu de Victor Adler y dirigido por Otto Bauer, comprendieron

mejor que los burgueses que este país se hallaba a las puertas de su última lucha. La lucha de clases, de la que no tenían una idea clara ni Karl Kraus, ni Werfel ni Freud ni Alfred Adler ni tampoco los neopositivistas del Círculo de Viena, había entrado en una etapa decisiva. Ya en 1927 se produjo el primer choque entre las fuerzas dominantes, que se disponían a asegurarse la tranquilidad, el orden y sus beneficios, y los trabajadores, que más que querer *tener* lo que querían era simplemente poder *ser*. El 15 de julio de 1927 ardió el Palacio de Justicia tras un veredicto clasista fallado contra trabajadores revolucionarios; a consecuencia de aquello, el poder armó oportunamente su ejército para la guerra civil y formó milicias patrióticas. A partir de ese momento la guerra popular era una posibilidad latente. Por un lado el Schutzbund (Alianza Defensiva) —la organización militante de los trabajadores socialdemócratas—, por otro la “Heimwehr” (Defensa Patria), el ejército particular de la economía privada inspirado en el fascismo italiano y financiado por él. Se estaba a la espera, en estado de calma tensa. Ambos campos se encontraban en plena movilización. En las universidades populares —instituciones de nivel académico donde enseñaban profesores universitarios—, jóvenes exaltados, cuya exaltación se anclaba en la realidad de la lucha de clases y que no eran en absoluto comparables con los revolucionarios de lujo actuales, discutían los problemas teóricos de las fuerzas políticas del país, que ya se armaban para el último asalto. La cotidianeidad mostraba aquellos aspectos en que todos estaban de acuerdo: a saber, que esta Austria, como dijo más tarde un periodista hábil con los titulares, era un Estado que nadie quería. Los trabajadores industriales, un proletariado de conciencia clásica, se reían del carácter estatal de un país que no les aportaba más que miseria. La burguesía se mostraba en parte imbuida de la nostalgia

monárquica, y en parte también, fascinada, posaba su vista sobre Alemania. Como proletario, uno era socialista y creía a medias en la Unión Soviética; como burgués, uno era fiel al káiser o nacionalista alemán. Y en la medida en que más allá de la frontera de Passau el oscuro loco iba concentrando su amplia concurrencia que más tarde le llevaría al poder de forma inaudita, los burgueses monárquicos se tornaban inseguros y abstraídos, mientras que los nacionalistas alemanes hablaban ya con bronca claridad del “Führer”. Es extraño que todo esto apenas penetrara en los cafés: café Landtmann, café Herrenhof, café Museum. Por supuesto que se discutía también allí sobre la precaria situación de Austria. Pero el debate se llevaba de forma abstracta en un espacio vacío de realidad. A estas personas les preocupaba más una formulación acertada, una novela recién editada o un estreno teatral. Se escenificaba a Ödön von Horváth y sólo se pensaba en que se trataba de obras extraordinariamente resultonas para las tablas. Se practicaba el cotilleo sobre la ópera, como si el reparto de papeles en ella fuese un asunto de Estado. Uno se acaloraba hablando sobre la nueva hipótesis de Freud, el instinto de muerte, sin ver al hombre de la guadaña que en uniforme marrón estaba apostado ante las fronteras del país. La crisis económica mundial que estalló el Viernes Negro de 1929 en Estados Unidos fue aceptada con una mezcla de resignación ante el destino y revuelta ciega. El proletariado académico dependía de trabajos de ocasión para ganarse el pan: visitas a clientes privados con aspiradoras, plantillas para los pies planos, libros ricamente ilustrados del tipo: *La mujer como médico casero*, todo a plazos, se entiende. Los nazis con título de doctor y sin trabajo echaban toda la culpa de su desgracia a los judíos. Éstos no protestaron, se conformaron mientras el vecino con nombre de tonos alpinos respondía aún a su saludo. Es cierto que ambos grupos

populares estaban horrorizados, pero no extrañados. ¿Qué les podría haber parecido absolutamente imposible a las gentes que habían asistido al desmoronamiento del Imperio universal austríaco? El mundo era malvado y hostil: solamente aquel que a su vez fuese hostil y malvado podría quizás resistir.

En la primavera de 1934 la Primera República Austriaca se liquidó a sí misma. Un aprendiz de fascista de nombre Engelbert Dollfuß eliminó el Parlamento siguiendo el mejor ejemplo alemán.

La fama del compatriota de Braunau am Inn le robaba el sueño. Benito Mussolini, protector de Austria, estaba detrás de él en calidad de brillante eminencia. Los intelectuales con el corazón de izquierdas y la cartera cada vez más escuálida a la derecha no estaban tan descontentos. La paz civil parecía asegurada. Se había colocado ante la nariz y ante las fronteras del nacionalsocialismo alemán una réplica patriótica y antiilustrada, pero no absolutamente bestial. El “movimiento” –pues con total abandono de ideas se adoptó, aunque no el método, sí el vocabulario de los camisas pardas de enfrente– salió de la pila bautismal como Vaterländische Front, Frente Patriótico. ¿Quién no habría sido patriota en esas circunstancias? Un hombre como Karl Kraus consideró que todo estaba en orden y prosiguió con sus conferencias sobre Offenbach, Nestroy, Shakespeare. Sus incondicionales partidarios seguían allí. También seguían allí, cuando se daba la ocasión, los asiduos a los estrenos y los lectores de novelas. La novela de Werfel *Los cuarenta días del Musa Dagh*, buena pero no sensacional, despertaba más interés que el aprendiz de fascista. Éste, por su parte, preparaba metódicamente su *coup de maître*. Sólo por un trágico error del destino acabó cayendo bajo las balas de los asesinos nazis en su despacho presidencial; restándole un poco de negli-



gencia, de descuido y quizás de jovialidad aparejada al ambiente de los locales de *Heuriger*, de vino del año, innata a los austríacos, era un fascista tan bien plantado como el paranoico de Braunau.

El muchacho cuyas huellas seguíamos en Bad Ischl es ahora, en 1934, un joven. No habita ya grutas del bosque, no toca ya bailes rurales al piano sino grandes éxitos americanos, no lleva una chaqueta Loden sino trajes bien cortados aunque algo raídos, tiene una amiga que no se parece en nada a las bellezas pechugonas vestidas con traje regional. Con ella puede leer en la cama a la Mutzenbacher, cosa que habría sido imposible con las pechugonas rurales, pues los campesinos son ordinarios, pero no obscenos, y el joven ya sospecha que lo importante es la obscenidad, aunque no sepa nada de sus contemporáneos parisinos Georges Bataille o Pierre Klossowski. Para decir la verdad, carece de una imagen clara de la realidad. No es tonto, pero tiene pocas luces. Para él Viena no es solo el ombligo del mundo, sino el mundo entero, que en todo caso, allá muy lejos, en la periferia, contiene una pequeña ciudad llamada Berlín. Cree con toda seriedad que poetas como Anton Wildgans y Karl Schönherr son fenómenos de importancia global. Está orgulloso de que como estudiante sea capaz de compartir los conocimientos del Círculo neopositivista de Viena. Pero nunca ha oído el nombre de Alain ni la música de Aaron Copland. Lee aplicadamente a Musil, aunque le cuesta. Se da cuenta de que Joseph Roth es, inmediatamente después de Thomas Mann, uno de los mayores prosistas en lengua alemana de ese tiempo, y no lo desmentirá más adelante. No le preocupa su imagen del mundo, confusa y centrada en Austria. La gente califica de “talentosas” sus primeras publicaciones; eso le basta. Sólo lentamente se va dando cuenta de que el Imperio de enfrente, que es el único que puede ofrecer terreno

de entrenamiento a un escritor principiante, le está vetado. Pero, ¿qué importa!? Con su amante y la Mutzenbacher y su talento de escritor está preparado y dispuesto a desafiar a su siglo. Sólo que... ¡ojalá los zapatos fuesen más resistentes y no dejasen pasar el aguanieve! Los zapatos son extremadamente importantes para una persona que no siempre tiene dinero suficiente para coger el tranvía. Además es evidente que esta mañana del 12 de febrero de 1934 el tranvía no circula. Él espera en balde, pregunta aquí y allá por los motivos de que no pasen los tranvías rojiblancos. ¿Huelga? Sí, huelga general, dice un hombre que lleva un mono de trabajo remendado, y añade despreciativo: “¿No lo sabe usted?”. No, en efecto, no lo sabe. Es verdad que de cuando en cuando ha oído de amigos más despiertos en política que los trabajadores no están dispuestos a aceptar sin más la ruptura constitucional de la Vaterländische Front, el Frente Patriótico fascista. Es cierto que su puño armado, el Republikanische Schutzbund, la Unión Defensiva Republicana, ha sido empujado a la ilegalidad, pero la organización no ha sido destruida en lo fundamental. El proletariado tiene armas: en el momento decisivo sabrá utilizarlas. El joven está intranquilo. Es época sin transistores, hay que espabilarse para conseguir noticias. Sin embargo, la realidad penetra ya en pocas horas en el cerrado mundo erótico-espiritual en el que está inmerso. Está claro: los trabajadores austríacos pasaron a socorrerse a sí mismos en el momento de máxima humillación, de miseria económica insoportable, de arrogancia fascista. Ha estallado la rebelión. Sin embargo, quien no pertenezca a los radicales políticos ha de buscar la revuelta. La última lucha se esconde. Los tranvías no circulan –aún no–, algunos comerciantes han bajado precavidamente las persianas enrollables. Eso es todo lo que ve quien camina por el centro de Viena hacia el segundo distrito, donde espera la amiga.